



1r ACCÈSSIT CATEGORIA ADULTA

JÚLIA DE CÁRDENAS GORBATKINA

¿MALA MADRE?

Hábleme de su madre.- ordenó la psicóloga abriendo su libreta de apuntes.

- ¿Por qué de mi madre? - protesté, incorporándome levemente en el sofá donde estaba tendida. - Esto no tiene nada que ver con mi madre.

- Todo está relacionado.- insistió, condescendiente, la profesional.

Suspiré. Estaba cansada. Siempre lo mismo: la infancia, la madre...

- ¿No podemos hablar de otra cosa? - volví a probar suerte.- La relación que tuve con mis hermanos, por ejemplo. Fue muy complicada, porque al ser yo la única chica y encima...

Me cortó por lo sano:

- ¿Por qué no quiere hablar de su madre?

¿POR QUÉ NO QUIERO HABLAR DE MI MADRE?

- No es que no quiera, es que... Temo que me malinterprete.

- Bueno, mi trabajo es interpretar.- sonrió con aires de superioridad – Deje esa parte en manos profesionales y límitese a relatar. Puede estar segura de que lo interpretaré bien.

Me levanté y salí. Papá, sentado en la sala de espera con una revista en las manos, me miró sorprendido.

- No me gusta esa tía, es una listilla.

- Eva, haz el favor de comportarte. Vuelve a entrar ahora mismo.

Siempre me siento como una chiquilla ante papá. Seré una vieja encorvada, iré a su tumba a llevarle flores, y me sentiré pequeña y desvalida.

Bajo el marco de la puerta esperaba, pacientemente, la Señora Profesional.

- Está bien.- acepté.

Me quité los zapatos y volví a tumbarme en el sofá. No pareció agradaarle el gesto, pero intuyó que era mejor no decir nada. Esperó.

- Mi madre cuidó de nosotros con cariño, paciencia y diligencia hasta que yo, la más pequeña, fui mayor de edad. Entonces se fue. Estaba esperando, ¿se da cuenta? Cumplió su obligación y se fue.

- ¿Dónde fue?

- ¡Qué importa dónde! Lo que importa es que dejó de estar. Me fui a estudiar lejos, lo más lejos posible. Todas mis compañeras volvían a casa los fines de semana y a la vuelta traían fiambreras de cocido, macarrones y paella. Yo no. Me quedaba en esa ciudad desconocida, rodeada de extraños, sola en el apartamento comiendo pizza congelada.

- ¿Nunca volvió a hablar con ella?

- Al principio lo intenté. La llamé varias veces, pero siempre estaba ocupada. No le interesaba como me iba la vida, si aprobaba los exámenes, si tenía novio. Hablaba conmigo por compromiso, no preguntaba nada, contestaba con monosílabos. Así que dejé de llamar.

- ¿Sabe por qué se fue?

- ¿Qué quiere saber? ¿Su explicación? Necesitaba realizarse como persona. “Me ahogo en esta rutina insípida y predecible”, dijo. Eso era para ella su vida con nosotros.

- Entiendo que esté dolida.

- Pasé por todas las fases del duelo, creo que es así como le llaman ustedes: la negación, el odio, la negociación, la depresión y la aceptación. No se preocupe, eso ya está, fue hace mucho tiempo.

- Pero veo que la herida aun está abierta.

- Estaba cerrada. Lo acepté. Sin comprenderlo, pero lo acepté.

- ¿Ser madre le hizo reabrirlo?

- Ser madre me hizo comprender. Por eso me fui. No quería esperar dieciocho años a volver a ser yo misma.

- ¿Y es usted feliz?

- Bastante.

- Entonces, ¿por qué está aquí?

- Si no me equivoco, es un trámite obligatorio.

- Sí, lo es. Necesita un informe psicológico.

- ¿Y cuál es, doctora? - pregunté con un tono algo sarcástico.- ¿Mala madre?

Se recostó contra el respaldo de la silla. No me había dado cuenta de que, hasta el momento, había permanecido muy tiesa.

- Creo que vamos a necesitar más sesiones.

Me lo temía.

- ¿Y mientras?

- No soy asistenta social. No sé qué pasará con el chico.

- Yo sí lo sé. Ingresará en un centro de acogida.

- Quizás no sea tan malo para él.

Me enfadé.

- ¿Cree que es mejor un centro de acogida que estar con su madre?

- Una madre que le abandonó.

- No, una madre que cedió a su padre la custodia para poder realizar un proyecto de vida diferente. Nunca abandoné a mi hijo. Le he visto siempre que he podido, he hablado con él por teléfono tres o cuatro veces por semana, hemos pasado vacaciones juntos, he pagado parte de sus gastos.

Abrió la boca para decir algo, pero yo fui más rápida.

- Si hubiera sido al revés, ¿su padre también hubiera necesitado un informe psicológico? ¿Le hubieran cuestionado tanto como a mí el hecho de anteponer el desarrollo profesional a la crianza?

Papá abrió la puerta sin llamar al oír mis gritos.

- Hija, así no vas a conseguir nada.

- ¿Y callando voy a conseguir algo? ¿Debo mostrarme sumisa y servicial para conseguir lo que es justo? ¡NO ME DA LA GANA!

Recogí mi abrigo y mi bolso.

- No se vaya sin recoger el informe. Estará en recepción dentro de diez minutos.- ordenó la psicóloga con voz neutral.

Quería salir de allí cuanto antes, pero papá me retuvo cogiéndome por el brazo.

El sobre estaba cerrado y lo rompí, ansiosa.

Diagnóstico: APTA.

PSEUDÓNIM: CANDELA